

## La montaña en la obra de Virgilio

Es interesante observar cómo entre los pueblos antiguos (Indios, Griegos y Latinos) la actitud frente a las montañas dependen en gran manera de las condiciones de vida de sus gentes. Así podemos hablar de pueblos que han configurado su régimen de vida en relación a la montaña, como el pueblo indio, y pueblos como el latino, que ha desenvuelto totalmente su vida y sus posibilidades en la llanura. En cuanto al pueblo griego, fueron las grandes montañas, que en gran parte ocupan su territorio, las que les obligaron a volver sus ojos al mar, como único elemento que les permitiría conseguir lo necesario para su subsistencia.

Entre los pueblos antiguos, la Mitología influyó para crear una creencia muy extendida que considera la montaña (la alta montaña) el asiento de la divinidad, lo mismo que ocurre con el bosque cerrado, y por esto en la montaña tuvieron lugar misterios y hechos esencialmente divinos, que escaparon a todo control humano. Por estos motivos, la alta montaña en la mayoría de los pueblos de la antigüedad no forma parte de la vida ordinaria del hombre, como otros elementos de la naturaleza (la llanura, la colina, los ríos), sino que es un elemento natural que hay que contemplar desde lejos, en lontananza, como algo lejano, a donde no tiene acceso el hombre y en donde su vida sería imposible. La montaña, por tanto, es el marco idóneo de lo mítico, de lo legendario y sobrenatural; además, en la alta montaña reinan los elementos de la naturaleza, que se oponen al curso natural de una vida apacible, como son la nieve y los vientos violentos.

Ciñéndonos al mundo latino, los montes Albanos, el Soracte y el Capitolio tenían santuarios antiquísimos, como

es bien notorio<sup>1</sup>. En Grecia los montes Olimpo, Helicón, Parnaso están prestigiados por ser la morada de los dioses y de las musas.

La montaña ha jugado un papel sobresaliente en todas las religiones. Así el monte Sinaí fue testigo de tantos hechos importantes, como cuenta la Biblia. En la India la montaña, y aquí más que en ningún otro lugar, aparece rodeada de un carácter sacro por ser el dominio de los dioses. En todos los pueblos, en suma, había un respeto religioso hacia las montañas, que ha durado hasta los tiempos históricos. Incluso entre los pueblos modernos hay numerosísimos santuarios, ubicados en los puntos altos de las montañas, que son como atalayas de la divinidad<sup>2</sup>.

La diferencia que encontramos entre los griegos y los latinos es notable. Por ejemplo, Homero describe la montaña como algo lejano, es un mero marco para que en él vivan los dioses su existencia feliz, y está vedado el acceso al hombre. En cambio, en Virgilio y Horacio la montaña es algo real, que describen de un modo que corresponde a la geografía más exacta; sus descripciones responden a una visión directa, y además hay influencias de tipo literario, como cuando describen montañas exóticas que están muy alejadas de Italia.

Entre los griegos la montaña fue poco descrita, a pesar de que no les faltaban altas montañas ante sus ojos. Incluso en Teócrito hay pocos paisajes de montaña, por no considerarlo marco ideal para la vida pastoril. Una excepción la constituye Jenofonte, que describe fidedignamente las tremendas montañas de Asia Menor, que los griegos tuvieron que cruzar en su famosa retirada (*Anáb.* 3, 5 y 4, 7) y que se puede considerar lo más real y exacto que existe en la literatura griega sobre las montañas.

Por tanto, entre los autores griegos y en la concepción general griega de la vida, la montaña queda relegada para los dioses, y sus altas cumbres serán siempre inaccesibles al hombre. La montaña es, por así decir, un elemento natural que está por encima de la «medida humana», frente

1 Eugène Sécrotan, *Du sentiment de la nature dans l'antiquité romaine* (Lausanne 1866) p. 16.

2 Pierre Grimal, *Les Jardins Romains* (Paris 1964) p. 341.

al que el hombre siente un gran respeto «religioso», limitándose a contemplarlo desde lejos, sin sentir nunca la tentación de dominarlo ni gozar con el espectáculo maravilloso de la altura. Lo que está claro es que Grecia, país de grandes montañas, se vio obligada a ubicar sus ciudades en los valles y en las pequeñas llanuras, que se extienden al pie de las montañas y junto al mar.

La India, en cambio, sí que muestra interés por las montañas, constituyendo una excepción entre los pueblos antiguos. País rodeado de impresionantes montañas, cubiertas de una vegetación exuberante con mil variedades de árboles y plantas, muestra una sensibilidad exquisita para todo lo que sea naturaleza (ríos, montañas, bosques), como hemos indicado anteriormente. El pueblo indio siente una verdadera admiración por la montaña: Por un lado, admiración religiosa, por ser la montaña el lugar de muchos hechos divinos, y por otro, un entusiasmo poético que despierta en los héroes de la epopeyas los más puros acentos, como en los Vedas<sup>3</sup>.

Los personajes indios sienten admiración por todos los elementos de la naturaleza, los ríos, los árboles, las altas cumbres de las montañas que chocan con el cielo, los horizontes infinitos, que constituyen alimento espiritual para la imaginación y el ensueño. V. Laprade llega a decir que «la nature se revêt sur cette terre de ses formes les plus imposantes. Tout semble calculé par la Providence dans cette région du globe pour que l'homme y sente plus qu'ailleurs les étroites limites de son être»<sup>4</sup>.

Los primeros escritores romanos se interesaron poco por la montaña y hay que llegar a la época de Augusto para encontrar escritores que muestran interés por la naturaleza en todos sus elementos. Los poetas, sobre todo, dieron entrada al tema de la montaña, como un elemento salvaje, en su obra literaria. Como hemos indicado ya, en la época de Augusto se despertó un gran sentimiento de la naturaleza entre los romanos, provocado por el contacto con el mundo helénico y por el deseo de encontrar un

3 Víctor Laprade, *Le sentiment de la nature avant le Christianisme* (Paris 1886) p. 7.

4 V. Laprade, *Le Sentiment...*, p. 63.

*secessus* en medio de la naturaleza rural, como paliativo a las disputas políticas o a la vida ciudadana, llena de sinsabores sin cuento. En este sentido, Virgilio, Horacio y Ovidio se hicieron eco de este sentir general y son los grandes precursores, con sentido moderno, de la vuelta a la naturaleza, como el remedio más eficaz para que el hombre se encuentre a sí mismo.

La montaña ocupa una parte importante en Virgilio y Horacio como fuente de inspiración y podemos decir que son los primeros escritores latinos que presentan descripciones reales de montañas. Las grandes montañas no faltan en Italia ni en Sicilia. Virgilio y Horacio tuvieron oportunidad de contemplar grandes montañas en sus regiones de origen. Sobre todo Virgilio está influido en sus descripciones por las grandes montañas, que vio en los primeros años de su vida en la región de Mantua, que tiene como fondo la mole imponente de los Alpes; Horacio describe montañas poco elevadas, pero agrestes, de su región de Venusa, y las ásperas colinas que circundaban la villa de la Sabina.

Entre los demás escritores latinos, la montaña ocupa un lugar secundario. Cicerón describe las alturas que rodean la región de Arpino (*De nat. deor.* 2, 39). Tito Livio describe brevemente el paso de Aníbal por Alpes y es consciente de las grandes dificultades, que tuvo que afrontar el cartaginés, para cruzar las cimas de dura piedra y de caminos inexistentes, cubiertas de eternas nieves (21, 35 y ss.). Lucano cita brevemente los Alpes sin pararse a hacer la menor descripción (2, 429). Silvio Itálico hace una pequeña referencia a los Alpes (3, 77).

Si los escritores romanos se interesan por la montaña es, como dice Chateaubriand, «pour y placer des personnages et faire rapidement un fond de tableau»<sup>5</sup>. En la montaña hay siempre un elemento vivo que está actuando, como los árboles, el viento o la divinidad, pero nunca se ve la presencia del hombre. En general, es la naturaleza en toda su energía primitiva e irracional la que domina en los parajes montañosos, donde no es posible la vida humana.

5 Chateaubriand, *Le Génie du Christianisme*, 2, 4, 1.

Los romanos fueron, ante todo, hombres de llanura; la montaña les retraía y nunca pensaron que allí podía desenvolverse la vida ciudadana.

En la antigüedad los accesos a las montañas eran difíciles, por estar cubiertos los flancos de espesos bosques, lo que debía causar una gran impresión de miedo al hombre que se acercaba a los aledaños, como ha ocurrido al hombre moderno, que al descubrir las inmensas selvas vírgenes de Africa y América se ha sentido paralizado por una fuerte impresión de pánico. El resultado fue que la montaña despertó poco interés en los escritores latinos, y montañas tan italianas como los Alpes apenas aparecen descritas, siendo Virgilio el poeta que más interés sintió por esas altas cimas. Virgilio llevó siempre grabada la imagen de los Alpes cubiertos de nieve, asiento de terribles tormentas de viento y lluvia, que muchas veces debió de contemplar de lejos en su región de Mantua.

Sécretan llega a decir: «Quant à l'idée de gravir une sommité uniquement pour jouir de la belle vue, elle semble inconnue aux cerveaux romains, même sous l'empire»<sup>6</sup>. El primer caso conocido es el del Emperador Adriano, el gran turista del mundo antiguo, el cual subió a lo alto de una montaña para ver el arco-iris y otra vez para contemplar la salida del sol antes del tercer canto del gallo.

Tenemos que llegar a la Edad Media, concretamente hasta Petrarca, para encontrar un espíritu que sienta la montaña, como un elemento de la naturaleza bello y desde donde se contemplan espectáculos capaces de entusiasmar. Petrarca subía a las montañas por el mero placer de hacerlo, con el fin de disfrutar de los hermosos panoramas que desde allí se contemplaban<sup>7</sup>. El Romanticismo sintió gran simpatía por la naturaleza, como ya hemos indicado. Goethe mismo era un enamorado de la naturaleza. Ante la catedral de Estrasburgo no encontró nada comparable ni capaz de sugerir fuerza creadora más que «la espumante caída del poderoso Rin y la luminosa corona de las montañas de nieves eternas»<sup>8</sup>.

6 E. Sécretan, *Du Sentiment...*, p. 50.

7 Kenneth Clark, *El Arte del paisaje* (Barcelona 1971) p. 21.

8 E. Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina* (México 1955) p. 588.

Entre los escritores latinos, solo Virgilio y Horacio muestran cierto interés por la montaña, un interés que no es puramente literario, como sucede en otros escritores. Consideran la montaña como un elemento de la naturaleza que impresiona fuertemente al hombre, porque escapa a su marco natural de vida, y la consecuencia es que no la miran con simpatía. En la *Ecl.* 10, en la que su amigo expresa sus tristes sentimientos por la pérdida de su amada Licoris, lo que más le atemoriza es que debe cruzar las cumbres heladas de los Alpes, que lastimarán sus pies. En la descripción del monte Atlas (*Aen.* 4, 247 y ss.) lo que más impresiona al poeta es la nieve, los hielos y las terribles tormentas, que allí reinan libremente. Las altas montañas producen en Virgilio sentimientos de estupor y nunca despiertan simpatías, que las hagan amables al hombre.

Horacio, lo mismo que Virgilio, prefiere las pequeñas colinas, que rodearon el paisaje de los primeros años de su infancia. Este tipo de relieve cuadra mejor con la «medida» del hombre, y es en las colinas y en la llanura donde la vida de todos los elementos de la naturaleza se desenvuelve sin violencia. Horacio describe con simpatía las pequeñas colinas, cuando el sol proyecta la sombra en un juego lleno de encanto poético.

## 1. LA DIVERSIDAD DE VIRGILIO

En la obra de Virgilio podemos distinguir dos tipos de montañas. 1º) *Las montañas de Grecia y de países lejanos*, que aparecen descritas con la carga emotiva del exotismo y de lo mítico; 2º) *Las montañas de Italia*, que Virgilio vio y conoció directamente, y que responden a unas características más realistas, como fruto de la observación personal del poeta.

En las descripciones de montañas tendremos en cuenta diversas sensaciones y matices, que Virgilio acostumbra resaltar con la idea de llegar a la imaginación del lector, como son el horror primitivo que sobrecoge al hombre ante la montaña elevada, asiento de los vientos, y ciertos as-

pectos visuales (perspectiva, la nieve, los árboles agitados por los vientos, etc.).

Antes de comenzar el estudio de los tipos de montaña, conviene recordar que no es nada fácil individualizar una montaña por las descripciones de los poetas. «La plupart des descriptions de montagne se ressemblent, dit-on; cela vient de ce qu'elles sont vagues»<sup>9</sup>. En realidad, muchas de las montañas descritas por Virgilio, aunque tengan nombre griego, son montañas de Italia y sus rasgos físicos son siempre muy similares. El prestigio de todo lo griego llevó a los escritores latinos a colocar en el marco mítico de Grecia acontecimientos auténticamente latinos, que habían tenido como marco las montañas de Italia. Tanto Virgilio (*Aen.* 6, 847 y ss.), como Horacio (*Epist.* 2, 1, 156-57), son conscientes de la enorme deuda contraída por Roma en el especto literario e incluso en las costumbres respecto a Grecia. Así, el prestigio de lo griego se extendió a todos los aspectos de la vida romana, artes, modo de vida, influencia en la construcción de villas, incluso los sitios rocosos y junto al mar.

En Grecia las montañas, los sitios rocosos y escarpados se convirtieron en el paisaje mitológico, donde ocurrieron hechos y acontecimientos, relacionados con los dioses y héroes de la mitología<sup>10</sup>. Los dioses homéricos habitan en una alta montaña, el Olimpo nevado y brumoso, no precisamente por el placer de gozar de un paisaje encantador, sino para escapar a la mirada indiscreta del hombre, pues la montaña reúne unas condiciones de vida poco adecuadas para el hombre. Ni en Homero ni en Hesíodo la montaña presenta paisajes atrayentes para el hombre, y es el marco de lo maravilloso, de lo nómico, pero nunca será el lugar para el desenvolvimiento de la cultura humana.

Virgilio, ya lo hemos visto, contrapone a la montaña la llanura, que siempre ha sido el marco natural de la vida del hombre. Aquí es donde realiza sus cultivos necesarios para su sustento (cereales, vid, frutales); incluso en una llanura, *campus elysius*, se sitúa el lugar donde los muertos gozan de toda clase de placeres, entre los que la natura-

9 E. Rambert, *Les Alpes Suisses*, p. 9.

10 P. Grimal, *Les Jardins...*, p. 341.

leza ocupa un sitio primordial. La montaña, en cambio, está asimilada a las rocas estériles, duras, inaccesibles y poco propicias a la vida humana <sup>11</sup>. Cicerón se refiere a las montañas, en las que hay *saxorum asperitates*, poco propicias a la vida humana <sup>12</sup>.

En relación con la montaña tenemos el mar Mediterráneo, que lo mismo en Grecia que en Italia es todo él una sucesión de costas rocosas que, igual que Homero, Virgilio describirá en muchos pasajes. Rocas escarpadas y enhiestas, a cuyos pies ruge el mar en un vaivén incesante de olas, impiden el acceso a ultratumba en la *Odisea* y en la *Eneida*. Los detalles que describen el lugar, cerrado a la entrada del hombre, ponen bien de manifiesto el carácter extraordinario, que tiene el paisaje; frente a esta naturaleza montañosa, el hombre siente el más tremendo estupor, que le paraliza.

Virgilio, en efecto, se encuentra influido por esta tradición mítica en lo referente a la montaña, cuya impronta es palpable en toda su obra. Pero Virgilio, poeta esencialmente realista, cuando describe una montaña griega, pone detalles y rasgos que le dan las características de ser una montaña de verdad, una montaña cualquiera, que se podía ver en Italia. Mas en la descripción Virgilio deja su propio sello poético, inconfundiblemente personal, que hace que sea una descripción virgiliana, más que la descripción de una montaña griega.

Virgilio cita una serie de montañas griegas, que estaban aureoladas con el prestigio de lo mítico, con el fin de rodear de misterio el marco donde tiene lugar un hecho, y siempre con la idea de producir impresiones plásticas en el lector. Hay que decir que Virgilio fue un imitador dócil de todo lo griego y no pudo sustraerse al prestigio taumatúrgico, que irradiaban las montañas de Grecia o relacionadas con los dioses, como el Olimpo, el Parnaso, el Cáucaso, el Atlas, entre otras. Estas montañas quedaron fijadas en la tradición literaria como un tópico por

11 S. Chabert, *Les Alpes dans l'oeuvre de Virgile* (AUG 1904) p. 676.

12 *De Natura Deorum*, 3, 39.



tener unas condiciones geográficas y ambientales, que serán las mismas en todos los escritores<sup>13</sup>.

Pero las descripciones de montañas son intercambiables, de tal manera que las descripciones de Atlas o del Cáucaso pueden aplicarse perfectamente a los Alpes. Ocurre que en Virgilio la cultura literaria forma parte indisoluble de su personalidad, constituyendo un acervo poético personal gracias a una perfecta simbiosis. En este sentido hay que decir que, bajo los nombres de montañas griegas, se esconde el propio horizonte de montañas de Italia que el poeta conoció personalmente tanto en su región natal de Mantua, como en Campania y en la propia Sicilia.

La consecuencia es que el paisaje de las *Eglogas*, de las *Geórgicas* y de la *Eneida* está prestigiado por la presencia constante de montañas de Grecia, descritas con todo el encanto real que Virgilio sabe dar a todo lo que toca. Aquí se esconde una realidad geográfica, pero no real, sino con unos caracteres prestados. Lo que busca el poeta es sugerir un vaho de misterio y, sobre todo, despertar el vuelo de la fantasía del lector latino, impresionándole al trasladarle a los lugares míticos de Grecia, donde los dioses y los héroes realizaron sus hazañas. Por tanto, el interés de estas montañas reside en el hecho de que en ellas tuvieron lugar acciones maravillosas, que les dieron para siempre la fama y el prestigio. Pero estas montañas son las mismas de Italia. «Il peut admirer, sans mentir, le Caucasse qu'il ne vit jamais, le Parnasse et l'Erymanthe, qu'il ne devait contempler que plus tard; il peut le célébrer en vers immortels et vrais, parce que, sous vains noms, se dissimulent à peine les pentes et les cimes familières du pays natal»<sup>14</sup>.

Virgilio cita 28 montañas griegas y solo describe algunas de ellas. A veces repite casi exactamente la misma descripción, ya que Virgilio es de los poetas que no tiene inconveniente en repetirse, cuando ha conseguido el logro poético que buscaba. En esto sigue el conocido precepto de Horacio en la epístola *Ad Pisones*: *bis repetita placent*. La descripción de una montaña o colina se reduce a veces a

<sup>13</sup> E. Robert Curtius, *Literatura europea...*, p. I, 286 (tópico del paisaje épico).

<sup>14</sup> S. Chabert, *Les Alpes...*, p. 681.

un epíteto feliz, que hace resaltar el rasgo más saliente y evocador, y esto vale por toda una descripción detallada<sup>15</sup>

Pasando a enumerar las principales montañas, encontramos el monte Olimpo en varios pasajes. En las *Geórgicas* el Olimpo repite el eco del mugido de los bueyes:

reboant silvaeque et longus Olympus (3, 223)

No hay nada más bello que un amanecer sobre el Olimpo, cuando Febo pasa con su carro por el medio de esta montaña (*Aen.* 10, 215 y ss.). Sin embargo, Virgilio no describe nunca el Olimpo con caracteres físicos; esta montaña, donde los dioses tienen su morada, entraña una carga de misterio y de lejanía, como la que puede haber entre los dioses y los hombres. El libro 10 de la *Eneida* se abre con la presentación al descuberto de la morada de Júpiter, y un solo verso, el primero, contiene en sus largas palabras algo grandioso:

Panditur interea domus omnipotentis Olympi  
conciliumque vocat divom pater atque hominum rex  
sideream in sedem, terras unde arduos omnis  
castraque Dardanidum aspectat populosque Latinos.

El *Mos Parnassus* de Focia, que apunta al cielo con sus dos cimas, es asiento del coro de las Musas y es el monte de Apolo Musageta. Su recuerdo despierta dulces acentos en el espíritu del poeta. Toda la carga emocional, que le embarga, la vuelca en los célebres versos:

Sed me Parnassi deserta per ardua dulcis  
raptat amor; iuvat ire iugis, qua nulla priorum  
Castaliam molli devertitur orbita clivo  
(G. 3, 291-93)

El Parnaso aparece en otros pasajes con pocos detalles y además imprecisos: *Parnassia rupes* B. 6, 30; *Parnassi iuga* 10, 2; *laurus Parnassi* G. 2, 18 detalle vegetal que evoca al dios Apolo, que moraba en las crestas del monte y le estaba consagrado el laurel.

15 Michael C. J. Putnan, *Virgil's Pastoral Art* (Princeton 1970) p. 348.

El Monte Ménalo de Arcadia estaba consagrado al dios Pan y estaba cubierto de frondosos bosques de pinos. Virgilio se atiene a la realidad en *B.* 8, 22 y ss. Los pinos y bosques del Ménalo escuchan las quejas amorosas de los pastores:

Maenalus argutumque nemus pinosque loquentes  
semper habet; semper pastorum ille audit amores.

En *B.* 10, 14 y ss. el monte Ménalo está asociado a otros montes que lloraron las desgracias amorosas de Galo<sup>16</sup>:

Pinifer illum etiam sola sub rupe iacentem  
Maenalus et gelidi fleverunt saxa Lycaeii.

De este modo tan vivo presenta Virgilio otros montes, que debían ser familiares entre las personas con formación helénica, lo que explica que apenas son descritos, bastando un detalle característico para evocarlos. Así el monte Citerón llama con sus gritos (*G.* 3, 43). El monte Hemo de valles sombríos representa para el poeta el lugar de fresca sombra y un refugio de sosiego:

O qui me gelidis in vallibus Haemi  
sistat et ingenti ramorum protegat umbra!  
(*G.* 2, 488-89)

Como vemos, las montañas de Grecia están asociadas a la propia sensibilidad del poeta, como algo familiar y cercano. Las montañas griegas le sirven al poeta de marco para encuadrar escenas idílicas, donde los personajes y los elementos de la naturaleza se compenetran con una sensibilidad común. En *B.* 6, 65 y ss. los rebaños pastan apaciblemente en las faldas del monte Helicón en una escena típicamente bucólica, pero familiar al poeta<sup>17</sup>. De este modo desfilan por la obra virgiliana montañas griegas que eran conocidas y familiares al hombre culto de Roma, que debido a la profunda influencia de la literatura helénica

<sup>16</sup> Idem, pp. 342 y ss.

<sup>17</sup> Idem, p. 196.

sentía por todo lo griego una admiración sin límites y veía en Grecia un reflejo de su propia patria.

Dos montañas tan alejadas de Italia como el Cáucaso y el Atlas están descritas por Virgilio con una serie de rasgos muy realistas, con la idea de producir en el lector fuertes impresiones de estupor y espanto. Virgilio nunca vio personalmente estas altas montañas, y lo único que hace es una transposición de nombres. El Cáucaso y el Atlas son lo mismo que los Alpes o los Apeninos, montañas familiares al poeta en distintas épocas de su vida. En realidad Virgilio tiene razón al describir del mismo modo y caracterizar con rasgos similares a todas las grandes montañas, ya que estos gigantes de la naturaleza se parecen como dos hermanos gemelos, tienen los mismos contornos físicos y sufren los mismos fenómenos atmosféricos.

En la descripción del Cáucaso el poeta pone de relieve la furia de los vientos, que aquí siempre están desencadenados, destrozan los bosques y dan al traste con todo:

quas animosi Euri asidue franguntque feruntque  
Ipsae Caucasio steriles in vertice silvae,  
dant alios aliae fetus, dant utile lignum

(G. 2, 440-42)

El Cáucaso de árboles estériles, donde reina el viento Euro, el monte de dura piedra, símbolo de la dureza de espíritu. Dido dice a Eneas que su espíritu es duro como las rocas del Cáucaso:

Nec tibi diva parens generis nec Dardanus auctor,  
perfide, sed duris genuit te cautibus horrens  
Caucasus Hyrcanaeque admorunt ubera tigres

(A. 4, 365-67)

El mítico monte Atlas está descrito como un anciano de blancas canas, de costados árdulos y duros, cubierto de pinos, cuyas copas llegan hasta las nubes, azotado continuamente por los vientos. La nieve y el hielo hacen su aspecto espantoso. La descripción corresponde a A. 4, 246-251 y es muy realista. Mercurio pasa por encima de la cumbre del Atlas:

Iamque volans apicem et latera ardua cernit  
 Atlantis duri caelum qui vertice fulcit,  
 Atlantis, cinctum adsidue cui nubibus atris  
 piniferum caput et vento pulsatur et imbri,  
 nix umeros infusa tegit, tum flumina mento  
 praecipitant senis, et glacie riget horrida barba.

D. O. Voss ha consagrado un estudio a la descripción que hace Virgilio del monte Atlas y la pone en relación con la que hace Homero del Olimpo en *Od.* 6, 43 y ss.; la conclusión es que la descripción virgiliana es exactamente contraria a la del Olimpo<sup>18</sup>. En efecto, la descripción homérica está más en consonancia con los divinos habitantes del Olimpo, y resalta los rasgos del monte, lleno de claridad, sin nubes, lugar digno de la mansión de los celestes. Virgilio es más objetivo al describir una alta montaña con los rasgos físicos que le son propios. Su intención, además, es resaltar un paisaje montañoso rudo, inhóspito, al que la lejanía confiere el rango de lo misterioso y exótico, que se impone fácilmente a la imaginación del lector por el prestigio mítico que encierra.

En el momento culminante en que el héroe Eneas se prepara para el combate decisivo con Turno, Virgilio se muestra entusiasmado con la prestancia grandiosa de Eneas y la descripción de su aspecto corresponde a una estatua real de héroe romano. El poeta no encuentra otros elementos para compararlo que las altas montañas de Grecia y de Italia en una gradación que termina en los montes Apeninos:

Quantus Athos aut quantus Erix aut ipse coruscis  
 cum fremit ilicibus quantus gaudetque nivali  
 vertice se attollens pater Appeninus ad auras.

(A. 12, 701-3)

Pasajes, como el indicado, demuestran que Virgilio siente viva admiración por la montaña, siendo en este sentido un poeta plenamente moderno, abierto a toda clase

18 *Atlas and Olympus*, C.J. 29 (1933) 41-42.

de sensaciones y atisbos, propios de un espíritu que vibra ante los espectáculos de la naturaleza.

Otro grupo de montañas está formado por las itálicas, que ocupan un lugar importante en las descripciones virgilianas. Ya desde los albores de su niñez Virgilio tenía como telón de fondo de su existencia las lejanas cumbres de los Alpes, que en los días claros muestran el espectáculo fantástico de sus cumbres blancas y en los días de tormenta debían ofrecer el alucinante juego de truenos y relámpagos en medio de vientos desencadenados. Todo esto se ve en las descripciones que hace Virgilio de tormentas, varias veces repetidas, diríamos que con una insistencia fruto de la larga contemplación.

No lejos de Roma, en medio de la ancha llanura del Lacio, destacan los montes Albanos, que estaban cubiertos de rica vegetación, de abundantes bosques, así como de árboles frutales que adornaban las faldas y laderas de los montes. Igualmente extensas praderas y plantaciones de vid ocupaban gran parte de estos montes; la masa montañosa de los Albanos ofrece un notable contraste con la inmensa llanura, que comienza en las afueras mismas de Roma y sólo es interrumpida por estos montes.

Virgilio, además, durante su estancia en Campania, tuvo ocasión de ver montañas tan importantes como el Vesubio, que domina toda la Campania. Igualmente durante sus viajes a Sicilia vio el maravilloso espectáculo del Etna en erupción, del que hace descripciones muy exactas (A. 3, 570 y ss.) de un sorprendente realismo. Virgilio, por tanto, conoce y describe con gran exactitud las montañas de Italia, cuyos rasgos precisos se pueden sorprender en muchos pasajes, según vamos a ver a continuación.

Virgilio ama sobre todo los contornos montañosos de su región natal, Mantua. Siente predilección por las vides desplegadas como legiones por las laderas soleadas de las colinas y por las bandadas de abejas que por las colinas buscan las plantas y flores olorosas. El poeta muestra entrañable emoción y simpatía por las pequeñas colinas, cubiertas de vegetación y donde vibra una intensa vida.

La B. 9, 7 y ss. describe el paisaje encantador de las que rodeaban su casa natal. Son unas colinas pequeñas, que

en una perspectiva de terreno ondulado llegaban hasta el río Mincio.

Recuerdos de juventud son también las magníficas evocaciones de las altas montañas, que proyectan largas sombras al atardecer, cuando el sol se va escondiendo en el horizonte. Son evocaciones precisas, plásticas, que han quedado como el fruto maduro de la verdadera poesía; así

et iam summa procul villarum culmina fumant  
maioresque cadunt altis de montibus umbrae.

(B. 1, 83-84)

Esos *alti montes* no son otros que los Alpes que veía desde su región de Mantua, allá al fondo, con sus crestas nevadas (Monte Baldo, Alpes de Trento, Alpes Bergamescos, etc.). Podemos descubrir estas montañas en pequeñas descripciones en las que el poeta juega con las sombras que proyectan los montes:

Sol ruit interessa et montes umbrantur opaci.

(A. 3, 508)

Iamque iugis summae surgebat Lucifer Idae  
ducebatque diem...

(A. 2, 801-2)

Como vemos, los montes están asociados al atardecer y al amanecer del día. El juego de la luz sobre las cumbres es algo que entusiasmó al poeta, aunque en este punto se encuentra influido por Homero.

Virgilio conoció personalmente unos Alpes vivos, cubiertos de espléndida vegetación, rica en grandes árboles, como bien lo denota la variada enumeración que aparece en las *Eglogas* y en las *Geórgicas* (fresnos, pinos, abetos, encinas, castaños, boj, etc.). Toda esta variada vegetación formaba espesos bosques, que cubren valles y desfiladeros, por los que discurren numerosos torrentes.

Un eco de los Alpes encontramos en G. 3, 474 y ss. Hay elementos vivos como esos *aerías Alpís*, los *saltus*, los *deserta regna pastorum*, el río Timavo, que forma la frontera entre Istria y la región veneciana. Todos estos nombres geográficos son recuerdos personales y todo el pasaje

de la peste ofrece detalles que denotan en Virgilio un conocimiento directo de la región alpina:

Tum sciat, aérias Alpís et Norica si quis  
castella in tumulis et lapýdis arva Timavi  
nunc quoque post tanto videat desertaque regna  
pastorum et longe saltus lateque vacantis.

Los Alpes le sirven de comparación para presentar un paisaje que tiene todos los caracteres de una escena romántica: Una encina es sacudida violentamente por el viento Bóreas Alpino con una furia desatada, en medio de silbidos agudos. La encina aguanta bien plantada en el suelo, lo mismo que Eneas resiste impertérrito el llanto de Dido y las súplicas de la hermana (A. 4, 441 y ss.)<sup>19</sup>.

El recuerdo de los Alpes se puede ir rastreando en otros pasajes a lo largo de sus obras; el recuerdo evoca la belleza salvaje de una naturaleza no sometida a las leyes del orden. Así en A. 11, 544 y ss. los torrentes espumosos se despeñan por las montañas; en G. 1, 332 y ss. tormentas espantosas sobre las cumbres de las montañas; en G. 3, 267 y ss. se describe un relieve agreste, montaraz. Por fin en G. 1, 475 aparecen los Alpes repitiendo el eco, fenómeno que el poeta describe varias veces, como ya hemos indicado anteriormente:

insolitis tremuerunt vocibus Alpes

El *mons Appeninus*, que constituye el espinazo de la península itálica, aparece en el único pasaje en que Virgilio muestra simpatía por la nieve, sentimiento que es poco común entre los antiguos autores respecto a este hermoso meteoro<sup>20</sup>:

gaudetque nivali  
vertice se attollens pater Appenninus ad auras  
(A. 12, 704-5)

No lejos de la ciudad de Roma aparecen montañas y colinas de poca altura, que constituyen el paisaje donde tiene lugar gran parte de la acción de la *Eneida*. No es

19 S. Chabert, *Les Alpes*, p. 696. Il. 13, 138 y ss.

20 E. Sécretan, *Du Sentiment*, p. 68.



difficil descubrir estas montañas en varios pasajes del poema. Así en el libro 4, en el que se narra la cacería, hay un marco natural de colinas suaves y de llanura, característico del Lacio. Por otra parte, la masa ruda de los montes Albanos se ve en los días claros desde Roma, y Virgilio lo deja entrever:

At Iuno e summo, qui nunc Albanus habetur  
 (tum neque nomen erat nec honos aut gloria monti),  
 prospiciens tumulo campum aspectabat et ambas  
 Laurentum Troumque acies urbemque Latini.

(A. 12, 134-37)

La sucesión de llano y colinas aparece patente en la descripción de la cacería, A. 4, 151 y ss.

Postquam altos ventum in montis atque in via lustra,  
 ecce ferae saxi delectae vertice caprae  
 decurrere iugis; alia de parte patentis  
 transmittunt cursu campos atque agmina cervi  
 pulverulenta fuga glomerant montisque relinquunt.  
 At puer Ascanius mediis in vallibus...

(A. 4, 151-56)

Aquí los elementos del paisaje están formados de montes, llanura, valles, bosques cerrados, todo formando un marco silvestre de naturaleza salvaje, donde tiene lugar el inicio del romance amoroso entre Dido y Eneas. L. A. Constans llega a decir de este pasaje que es una obra maestra de la poesía descriptiva: «La chasse est pour Virgile l'occasion d'un chef-d'oeuvre de poésie pittoresque: par le mouvement, la composition, la couleur, le poète, une fois encore, rivalise avec les plus grands peintres»<sup>21</sup>.

El episodio dramático de Hércules y Caco del libro 8 de la *Eneida* tiene lugar en el paraje agreste y montaraz del monte Aventino, una de las siete colinas sobre las que se asentaría la futura Roma. Virgilio ha evocado con gran realismo este episodio mítico y lo ha situado en unos lugares abruptos, rudos, acordes con los hechos y los héroes primitivos, que representan la fuerza y la violencia primitiva e irracional. El marco natural contribuye a que el

21 L. A. Constans, *L'Énéide de Virgile* (Paris) pp. 278 y ss.

desarrollo del episodio adquiera un carácter dramático. Los pequeños apuntes geográficos están marcados por el eco que repiten bosques y colinas, cuando los bueyes lanzan sus quejumbrosos mugidos:

discessu mugire boves atque omne querellis  
impleri nemus et colles clamore relinqui.  
(215-16)

Llega un momento en que Hércules, lleno de cólera por la pérdida de sus bueyes, sube presuroso desde las orillas del Tíber hasta lo alto de la colina, donde se encontraba el *antrum Caci*; todo indica que la acción tiene lugar en una montaña:

rapit arma manu nodisque gravatum  
robur et aerii cursu petit ardua montis.  
(220-21)

Virgilio es fiel en la descripción de lugares reales, en este caso montañosos, que asocia a la historia o a leyendas de la vieja Roma. La descripción del Aventino es exacta, estaba cubierta de bosque y a su falda hay un hondo valle, por el que discurre el Tíber. La geografía es auténtica, como auténtico y vivo estaba el culto de Hércules en la época del poeta, celebrándose en su honor un sacrificio solemne el 12 de agosto.

Pasamos a Sicilia y encontramos el volcán Etna. Con más de 3.000 m. de altura sus altas cumbres son como un faro en medio del Mediterráneo, alegría y guía de los marinos que surcaban con sus pequeñas naves el *Mare nostrum*<sup>22</sup>.

Si la Sicilia de los *Idilios* de Teócrito representaba para Virgilio el país bucólico, la Arcadia feliz, en esta misma Sicilia encontró una naturaleza primitiva, tremendamente agreste, representada por esa misteriosa mole montañosa que vomitaba fuego, y lugar de importantes hechos mitológicos. Por eso no es de extrañar que el volcán Etna haya arrancado al poeta algunas de sus descripciones más perfectas, que llega a repetir hasta tres veces (*G.* 1, 471; *A.* 3,

<sup>22</sup> G. Boissier, *Nouvelles Promenades Archéologiques, Horace et Virgile* (Paris 1888) p. 220.

554 y 8, 416 y ss.). Virgilio se muestra visiblemente impresionado por el espectáculo fascinante del volcán arrojando bolas de fuego y humo por sus enormes bocas, lo mismo que debía provocar enorme admiración entre las gentes de los contornos y sobre todo entre los marinos, que contemplaban el extraordinario suceso cuando surcaban el mar en los períodos de erupción. «L'Etna placé au coeur d'un pays que les Romains frequentaient volontiers, s'imposait à leur attention»<sup>23</sup>.

El aspecto mitológico del Etna va unido a la leyenda que dice que en sus entrañas moraban los Cíclopes, cuyo trabajo consistía en trabajar con el fuego, ayudando a Vulcano en los duros oficios de la forja del hierro. Cada vez que se ponían a trabajar el hierro, toda Sicilia temblaba con los rugidos del Etna al dar salida al fuego y el cielo se cubría de humo y llamaradas. Los caracteres reales de la erupción del volcán están descritos con toda clase de detalles muy reales, fruto sin duda de la visión directa del poeta, que se nota impresionado por el curioso fenómeno.

La descripción del Etna tiene diferentes momentos en una perfecta gradación de matices (visión lejana, ruido, cielo iluminado, etc.). Los Eneadas, todavía lejos de Sicilia, ven una masa ardiente y oyen terribles rugidos:

Tum procul e fluctu Trinacria cernitur Aetna  
et gemitum ingentem pelagi pulsataque saxa  
audimus longe fractasque ad litora voces.

(A. 3, 554-56)

Ya más cerca se precisa la visión:

horrificis iuxta tonat Aetna ruinis,  
interdum atram prorumpit ad aethera nubem,  
turbine fumantem piceo et candente favilla,  
attollitque globos flammaram et sidera lambit.

(571-74)

La descripción de *Geórgicas* es muy similar:

Quotiens Cyclopum effervere in agros  
vidimus undantem ruptis fornacibus Aetnam  
flammarumque globos liquefactaque volvere saxa!<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Idem, p. 221.

<sup>24</sup> G. 1, 471-73 cf. *De rerum natura*, 1, 717 y ss. (Descripción del Etna).

En relación con la montaña creemos conveniente poner de relieve ciertas impresiones subjetivas del poeta, que nos descubren un espíritu que siente simpatía con cierto tipo de montaña, concretamente con las colinas y desfiladeros sombríos por su indudable carácter bucólico.

La montaña ha sido siempre confidente de los poetas, que aquí han dejado rienda suelta a sus cuitas y han desahogado libremente sus sentimientos. Esto es válido sobre todo para los poetas del Romanticismo. Mas creemos que Virgilio también presenta todos los rasgos del poeta romántico en relación con los elementos de la naturaleza. En efecto, en medio de las montañas y valles, lejos del tumulto ciudadano, los personajes virgilianos han encontrado alivio en sus momentos de inseguridad, cuando, perdida la confianza en la convivencia humana, han hallado interlocutor amable en los elementos que pueblan la naturaleza.

Así tenemos que Coridón desesperado sólo encuentra alivio a sus cuitas amorosas paseando solitario por montes y bosques.

Ibi haec incondita solus  
montibus et silvis studio iactabat inani<sup>25</sup>.  
(B. 2, 4-5)

Los montes escuchan las quejas de los pastores (B. 8, 22 y ss.).

La B. 10 es un canto a la montaña, en donde el afligido Galo encuentra alivio en compañía de los seres de la naturaleza. Toda la naturaleza participa de sus sentimientos de desesperación (montes, desfiladeros, árboles, ríos). Igualmente el episodio de Orfeo (G. 4, 453 y ss.): Es entre las montañas y los bosques donde el infortunado Orfeo encuentra la única ayuda y comprensión para su desesperación por la pérdida de su esposa.

La sensibilidad de Virgilio se nos muestra reflejada en estas situaciones límite del destino humano, pues no podemos creer que el dramatismo que hay en el destino de Galo y en la desesperación de Orfeo sea un mero juego poético alejandrino. Virgilio, en efecto, ha profundizado

25 Michael C. J. Putnan, *Virgil's Pastoral...*, p. 82.

como psicólogo y ha llegado a vislumbrar que en ciertas situaciones humanas desesperadas el hombre sólo encuentra interlocutor en el contacto con la naturaleza, que con su silencio acogedor y en la soledad de sus montañas, de sus valles y de sus torrentes ofrece el mejor solaz y el paliativo más seguro al dolor humano.

En la literatura india los personajes dialogan con las montañas y con los árboles, siendo el hermoso decorado de la naturaleza el marco ideal y soñado para el consuelo de los afligidos. El recurso a la naturaleza será entre los escritores románticos un tópico del que se hará uso y abuso para colocar a los personajes en sus momentos de desesperación. La diferencia entre Virgilio y los románticos es que, mientras Virgilio coloca a sus personajes en medio de una naturaleza amable, los románticos prefieren montañas elevadas, que sufren el rigor de las tormentas y de los vientos huracanados; decorado natural muy del gusto romántico, para que el desorden de la naturaleza sea más acorde con los exaltados sentimientos y las pasiones agitadas de los personajes.

Virgilio se nos descubre en esas efusiones en que expresa la alegría de contemplar montañas y bosques, como en G. 2, 437 y ss., lo que ha llevado a decir a Chabert que Virgilio es «le premier ami littéraire de la montagne»<sup>26</sup>. Pero, en general, no siente simpatía por la alta montaña, pues como dice G. Pasquali, «l'uomo antico no riesce a superare l'orrore che prova dinanzi alla 'foeditas Alpium', se non e iuvato da Dionisio»<sup>27</sup>.

Terminamos con estas palabras de Chabert en relación con los Alpes: «De longtemps on n'allait plus revoir un artiste sensible, comme lui, à la frustré beauté des Alpes; de longtemps les Alpes n'ont plus été chantées; la voix du poète a éveillé moins d'écho montagnard que le chant d'Amaryllis»<sup>28</sup>.

FULGENCIO VAZQUEZ MUNERA

26 S. Chabert, *Les Alpes*, p. 678.

27 Giorgio Pasquali, *Orazio lirico* (Firenze 1964) p. 553.

28 S. Chabert, *ibid.*